

473-

# Revista

de

# Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS  
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO  
DE GRADUADOS

---

---

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos subcritos por sus redactores o colaboradores.

#### DIRECTORES

**Dr. Wenceslao Urdapilleta**  
Por la Facultad

**Isidoro Martínez**  
Por el Centro de Estudiantes

**José S. Mari**  
Por el Centro de Estudiantes

#### SECRETARIO DE REDACCION

**Carlos E. Daverio**

#### REDACTORES

**Dr. Emilio B. Bottini**  
**Dr. Julio N. Bustamante**  
Por la Facultad

**Rodolfo Rodríguez Etcheto**  
Por el Centro de Estudiantes

**José M. Vaccaro**  
Por el Centro de Estudiantes

---

**Año XVIII**

**Junio, 1930**

**Serie II, N° 107**

---

DIRECCION Y ADMINISTRACION  
CALLE CHARCAS 1835  
BUENOS AIRES

## Información Universitaria

---

**XII aniversario de la Reforma Universitaria** El día 6 del corriente realizó el Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas, en el salón de grados, un interesante acto, en ocasión de cumplirse el XII aniversario del movimiento cordobés.

El acto congregó gran cantidad de alumnos, que llenó el amplio salón para escuchar a los oradores designados.

Hicieron uso de la palabra el señor Emilio Bernat, presidente del Centro de Estudiantes; el profesor español Rodolfo Llopis, y en último término el doctor Diego Luis Molinari.

### DISCURSO DEL SEÑOR EMILIO BERNAT

Señores:

Recordamos con este acto de hoy el XII aniversario de la Reforma Universitaria, cuyo grito inicial, revolucionario sin duda, fué escuchado en la vetusta universidad cordobesa, el inolvidable año 18; gloriosa fecha en que la juventud argentina sintiendo quemar en sus venas la sangre insurrecta, pidió a gritos la remoción de viejos sistemas y no pudiendo contenerse salió a la calle para sancionarse por derecho propio, lo que los oligarcas de la Universidad les negaban.

No fué algarada de jóvenes traviosos, como pretendían los defensores del régimen que se derrumbaba. Era obra de juventud, que pletórica de sanos ideales, se alzaba heroica para cortar vigorosamente el trágico cordón que los ataba al pasado. Emergía en la lucha la nueva generación, para imponerse en el orden natural e histórico, a otra generación que sólo contaba en su haber una immaculada página en blanco.

Ha sido motivo de largas discusiones la interpretación ajustada de la Reforma Universitaria. Son dos los aspectos que se plantean: el uno contempla a la Reforma como un simple cambio de regimenes estatutarios que permitiesen una mejor enseñanza, un mejor cuerpo docente, etc. El otro es el que contempla un panorama más amplio, más humano, y es el social.

La Reforma estatutaria de acuerdo a la primera concepción se condensa en lo siguiente: depurar a la universidad de los malos profesores que se burocratizan; empleando el concurso de capacidad, la docencia libre y paralela y la asistencia libre. Permitir el acceso

a la cátedra a todos los que se sientan y demuestren que son capaces, sin hacer distinciones de ideologías, tendencias políticas o religiosas, de manera de colaborar en la formación de espíritus libres. Hacer que la Universidad forme hombres en el laboratorio, por medio de la investigación directa y consciente, vale decir los seminarios. Conseguir representación propia de los estudiantes, directa e indirecta, participando así en el gobierno de las facultades, y practicar la extensión universitaria, como fin modesto de iniciación cultural y sin alcances sociales.

En síntesis, se trataba de imponer nuevas normas en concordancia con el nuevo estado de las conciencias estudiantiles, normas o mejoras que una vez conseguidas, sólo requieren dedicación constante en el período en que uno es alumno, y que concluye con la terminación de la carrera, quedando lo hecho como recuerdo anecdótico de un pasado bullicioso, y si algunas veces se continúa haciendo vida universitaria, bastará el respeto de los principios que como estudiante se sustentaban, y cuando mucho, se hará de vez en cuando la historia de hechos, que en realidad son del porvenir y no del pasado.

Siendo así, la Reforma es simplemente un problema educacional, que tiene la gran virtud de desvincular a la Universidad de la reacción, o evitar el encastillamiento de viejos sistemas.

Fácil será para todos, ser reformistas, ya que ningún estudiante se negará a colaborar en la consecución de una mejora de orden intelectual o material.

No hay duda que aceptar la reforma tal cual la hemos planteado hasta ahora, es desconocer el espíritu que animó el movimiento, y es caer en una concepción sumamente simplista y de relativa trascendencia, lo cierto es que la Reforma, es una cuestión social eminentemente americana. Se desprende de uno de los manifiestos que se publicara en junio de 1918, en la ciudad de Córdoba: "estamos pisando sobre una revolución"... "estamos viviendo una hora americana"... Se confirma en los múltiples hechos de aquel momento.

Bien; la clase (si así se puede llamar) que llenaba las aulas en épocas anteriores al 18, era en general privilegiada, escogida. La Universidad no estaba democratizada. El pueblo consideraba templos inviolables los claustros universitarios.

¿La reacción, contra esta aristocrática institución, provino del proletariado? No. Este, agotado por sus tareas, esquilado por el capitalista, carecía de tiempo; la rudeza de sus tareas le impedían tener la mente fresca para el estudio. La reacción fué provocada por un producto híbrido de la actual sociedad burguesa. La reacción estuvo a cargo de la clase media, que empezaba a ser numerosa en la población universitaria, y que hoy día domina en todas las facultades.

La extensión universitaria ha sido y es considerada como el medio más eficaz para colaborar moral e intelectualmente con el proletariado. Intelectualmente sus esfuerzos, tienden a elevar su conciencia, a forjar su capacidad. Moralmente porque sirve de aliciente eficaz para sostener su espíritu sin desmayos en la ruda lucha con el capitalismo. Esto unido a una mejor organización en la enseñanza

es para algunos pedagogos, la piedra de toque de la gran transformación social.

Cierto sería lo expuesto si además de la extensión universitaria, como elemento de preparación intelectual, del mejoramiento de la enseñanza y de la facilidad de los medios de estudio, estuviéramos todos los universitarios, y con esto me refiero a toda la juventud que se inició en la revolución cordobesa y siguió sus huellas, hermanados con los sentimientos proletarios, y fuéramos a la lucha, codo a codo con los obreros la universidad entera.

Admitido que la reforma tiene un contenido social, que sus postulados tienden a ello, analicemos a los individuos que deben realizarla en toda su integridad de interpretación.

Deben practicarla los que hicieron la revolución reformista, la clase media. Pero ésta y a nadie escapará, siguiendo su desarrollo natural y perfectamente comprobable, tiende con una progresión más o menos rápida, no al campo proletario, sino al adverso, a la burguesía. Los principios son buenos, los encargados de practicarlos fallan.

Me sugieren estas reflexiones hechos perfectamente comprobados, no sólo por mi modesta persona, sino también por distinguidos universitarios que han dedicado su vida a la reforma. Y estas reflexiones me plantean difíciles problemas.

Siendo como es la reforma a la par de un problema universitario, un problema político-social, ¿como es que a doce años de sancionada reglamentariamente, el grupo de reformistas empeñados en la magna tarea son unos pocos?... ¿Y la falange estudiantil que hizo escuela en Córdoba, Buenos Aires, La Plata, Litoral, dónde está en la hora presente?... Cinco... diez..., es una pobre representación. Si todos los reformistas que pasaron desde el dieciocho hasta la actualidad, por las universidades argentinas, hubieran coincidido en interpretar la reforma de acuerdo a su contenido social, tendríamos organizada en estos instantes una fuerza poderosa, que haría posibles todos los principios humanos que emanan de la reforma.

En el acto que organizó este Centro en junio de 1928, conmemorando el X aniversario de la Reforma, el doctor Sánchez Viamonte nos decía en su discurso: "Observo, en primer término, que casi toda la literatura reformista tiene por principal objeto decirnos qué fué la Reforma Universitaria, sin advertir que no se trata de un hecho pasado, sino presente, y sobre todo futuro. Nuestro entusiasmo fervoroso y sincero nos desvía un poco de nuestra verdadera función, y hasta podría decirse de nuestra verdadera misión", y agrega en un rasgo de excepcional franqueza, "sin quererlo, nos hemos convertido en nuestros propios experimentadores, y cosa más rara aun asumimos esta actitud criticista los pocos hombres de acción que la reforma tiene."

Sánchez Viamonte conoce el problema, y lo pone de manifiesto al decir que la causa reformista entendida ampliamente, carece o tiene muy pocos hombres de acción, y aun agregaría yo, pocos de devoción, en cuanto a este punto se refiere.

Más adelante el citado conferencista, insistía en sus conceptos y se mostraba algo decepcionado al advertir que "faltan protagonistas en este drama cuyo escenario está casi vacío de actores efectivos."

Julio V. González, también participa de este pesimismo, enunciando claramente sus inquietudes. A veces lo hace pregonando la formación de un partido nacional reformista, pero duda de los hombres de acción cuando dice: "¿Queréis conocer si un individuo es verdaderamente reformista?... Llevadlo fuera de la Universidad"... Evidentemente, nos encontraríamos con no pocas sorpresas.

Lo anteriormente expuesto evidencia de una manera confluyente que el problema reformista continúa sin resolverse. El proceso iniciado por los jóvenes de la nueva generación es lento, parecería ser un movimiento esencialmente de juventud biológica, no de juventud de ideales. Si tal fuera la obra reformista, sería completamente estéril, sin más eficacia que la que nos puede proporcionar un reglamento concordante con una sensación momentánea, corta como nuestros años mozos.

Por eso debemos cumplir con la obligación de continuar la batalla, de buscar soldados, empeñarnos en una acción concordante con los principios emanados del pensamiento que animara a los bravos muchachos cordobeses, y no convertirnos en meros historiadores de una acción que cuando la exponemos parecería ser de tiempos idos. No es mucho tiempo doce años, para considerar un hecho como algo mitológico, pero sí es mucho doce años de una casi inactividad de práctica reformista.

Se debe reaccionar, debemos unificar nuestros ideales, debemos hacer reforma, es nuestra obligación, debemos sobreponernos al ejemplo, o de lo contrario será reconocer a plazo breve que el movimiento de Córdoba tendía a conseguir única y exclusivamente mejoras de carácter educacional, y que bastará un Centro más o menos bien organizado en donde los estudiantes hagan radicar su acción gremial para sostener esas conquistas y para ir las ampliando a medida que necesidades reales se hagan sentir.

---

En este significativo acto organizado por el Centro de Estudiantes, que se realiza año tras año, y que más que una profesión de fe reformista continua a los postulados que emergieron de la reforma, es una incitación a la lucha que se ha realizado hasta ahora débilmente, contamos con la feliz circunstancia de que participe un representante de la juventud española, el profesor Rodolfo Llopis, militante del grupo que forja la nueva España, desvinculada en absoluto de la del viejo régimen, "noche oscura, ensombrecida, con destellos de inquisición"... como él mismo dice.

Este animoso luchador, cuyos propósitos son dignificar el medio cultural y político de la España, y tratar de que surja vigorosa del seno de los gabinetes de cultura, forma vanguardia con la pléyade de ilustres intelectuales que tiene sus mejores integrantes en Ramón y Cajal, Unamuno, Giménez de Asúa, Marañón, Menéndez Pidal, que son la expresión de la juventud que se impone, y que Luis Giménez de Azúa la llama "grupo mozo que no está definido por la edad física, sino aglutinado por la lozanía de ideales y el rebosante entusiasmo, constitutivos de la auténtica juventud."

Esperamos ansiosos que su verba elocuente y significativa traiga hasta nosotros, sanciones del pensamiento que anima a la juventud española, y muy complacidos le ofrecemos nuestra modesta tribuna.



**Homenaje a José León Suárez**      Se realizó el 7 del corriente el homenaje organizado por la Facultad de Ciencias Económicas a la memoria del profesor doctor José León Suárez, en ocasión del primer aniversario de su muerte.

Usaron de la palabra en esta oportunidad, el decano doctor Santiago B. Zaccheo, el doctor Alfredo L. Palacios, el embajador del Brasil, doctor José de Paula Rodríguez Alves, el presidente del Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas, señor Emilio Bernat, y el señor Arturo Berenguer Carisomo, en representación de los ex alumnos del Colegio Nacional Central.

#### DISCURSO DEL DOCTOR SANTIAGO B. ZACCHEO

Abrió el acto el doctor Zaccheo, quien pronunció un conceptual discurso. Comenzó diciendo:

“La Facultad de Ciencias Económicas, con este acto, rinde culto homenaje a la memoria del gran maestro que ha dejado saturado el ambiente de esta casa de estudios, con el vapor de su enseñanza, impartida sin reservas, matizada con la palabra elocuente y complementada integralmente con el ejemplo.

La biografía del llorado maestro José León Suárez será trazada por el distinguido profesor, orador galano, doctor Alfredo L. Palacios, de forma que estas palabras mías importan la iniciación de este momento recordatorio que ha de perdurar indeleble en nuestros recuerdos, y que mitigará constantemente el dolor que me ha causado esta pérdida, con la comprobación documentada de la gran consideración que mereciera entre nosotros y todos los hombres del orbe, hecho que hace posible que en este instante una de las naciones que él distinguió con fraternal afecto — Brasil —, nos acompañe hoy por intermedio de su dignísimo representante, a perpetuar la memoria de quien supo llenar el ambiente de nuestra patria y salvar sus límites para hacer sentir de su pensamiento y acción humanistas todo cuanto le ha preocupado constante e intensamente para el logro de la mejor armonía de los pueblos.”

Se extendió luego el doctor Zaccheo en otras consideraciones de elogio agregando:

“Para el profesorado de esta casa, la presencia de este busto será una guía y un ejemplo que se perpetúe para los estudiantes que fueron, recordarán constantemente su ingénita bondad e inculcarán el propósito de seguir la huella por él marcada con su acción perseverante de respeto, de pundonor y de honestidad. Para los estudiantes que vienen, la historia de la vida del gran maestro, las referencias todas de su actuación múltiple despertarán sano interés para beber en la fuente escrita de las obras que ha realizado en

vida y de cuyas doctrinas humanamente inspiradas surgirán frutos positivos y benéficos."

Para terminar expresó:

"Ahora deseamos ver iluminada de vida esta efigie, invocando para ello a la providencia, para que transmita a la materialidad de las líneas rígidas de este mármol el brillo que tuvo la inteligencia del maestro y las modalidades de su alma, y veremos así perennemente al mentor de la leyenda esculpida en el pedestal."

DISCURSO DEL EMBAJADOR DEL BRASIL, DOCTOR JOSÉ DE PAULA  
RODRÍGUEZ ALVES

Senhores:

A palavra do Brasil não podia faltar nesta cerimonia de justo e merecido preito á memoria de um dos mestres do Direito, de um dos mais humanos cultores desta sciencia, creada para regular a vida em commum dentro das Nações e a vida das Nações no concerto harmonico entre ellas.

León Suárez ensinou o Direito Publico interno primeiro e sentindo que não bastava crear uma consciencia nacional, alargou as suas vistas além das suas fronteiras e foi buscar inspirações no largo e amplo dominio do Direito Internacional Americano.

Digo intencionalmente Direito Internacional Americano porque foi justamente dentro da America que elle exerceu a sua benefica influencia, levando a sua calida palavra, os seus ensinamentos amadurecidos na convicção profunda de que só a predica incessante e paciente dos dictames das leis, applicadas com espirito de cooperação e solidariedade internacionaes, poderiam approximar povos e supprimir barreiras, irmanando as Nações numa comprehensão collectiva dos seus verdadeiros interesses espirituaes e materiaes.

El para tanto iniciou uma bemdita peregrinação pelas Universidades e escólas americanas, ora no Brasil, ora no Chile, Perú, Bolivia, Uruguay, indo até aos Estados Unidos, semeando por toda parte onde ecoou a sonoridade da sua eloquencia, a clareza da sua palavra, o apostolado da sua doutrina, a semente fecunda da amizade internacional, da mutua comprehensão de povos estranhos, na formação de uma só e grande familia americana, que hoje, aqui reunida, rende graças á sua memoria numa sincera homenagem de gratidão e de respeito.

Nessa cruzada benemerita empenhou elle grande parte de sua vida e, provavelmente, nos esforços dispendidos para attingir o seu ideal generoso, encurtou os annos da sua existencia com um desgaste de forças que affectando a su saúde havia de abater o combatante na arena das suas luctas em pról do bem da humanidade e da paz entre povos irmãos.

No Brasil, onde elle actuou com efficacia, só fez amigos, e mestres e discipulos, os que haviam ouvido a sua palavra se deixaram contagiar pelo sadio optimismo do seu grande espirito, allian-do-se a elle e constituindo por assim dizer uma nóva escóla, que se encarregaria de derramar por toda a parte os nobres preceitos da

humanitaria doutrina por elle predicada com fé verdadeira nos destinos eternos das democracias americanas.

Fondou o Athenéo Ibero-americano, e dahi, deste centro de cultura, irradiou o seu pensamento no vasto âmbito dos interesses internacionaes, buscando em todas as oportunidades, pretextos felizes para ligar os povos americanos num constante e vigilante afan de melhor se comprehenderem e se entenderem. Para isso encontrou no iberismo as fontes onde foi haurir as suas inspiraçoens, reputando que o hispanismo puro excluía grammaticalmente o Brasil da sua companhia, quando elle representava na America um prolongamento da gloriosa peninsula, que se havia destacado, historicamente da velha Luzitania, do pequenino Portugal, que o tempo se encarregaria de agrandar á proporção que cresciam, em vigor e em pujança, as terras de Santa Cruz que elle havia povoado e civilisado e que deviam perpetuar a sua gloria no novo muundo ao lado da brilhante constellação republicana, que se havia desprendido da sua nobre e grande vizinha a Hespanha que com elle partilhava e partilha as glorias das descobertas e da navegações dos seculos XV e XVI. E por isso o Athenéo hispano-americano, assim baptisado nos seus primordios, foi chrisnado por ibero-americano como expressão maior da civilisação européa na America latina.

A placa que os universitarios do Rio de Janeiro enviam para que figure ao lado da sua effigie, levantada nesta casa de estudo e de trabalho como um incitamento á juventude argentina, exprime a solidariedade do Brasil na homenagem tributada ao nobre idealista, que viveu sonhando com a paz entre os povos e teve a felicidade suprema de ver que os seus ensinamentos haviam fructificado e que a semente por elle lançada em terra uberrina, cresceu e que á sua sombra se reúnem hoje povos irmãos e amigos, que guardarão da sua memoria a recordação agradecida de um dos grandes apóstoles do direito e da paz e da harmonia entre as Nações.

#### DISCURSO DEL SEÑOR EMILIO BERNAT

Señores:

En nombre del Centro Estudiantes de Ciencias Económicas, vengo a expresar nuestra sincera adhesión a este significativo homenaje que se tributa al que en vida fuera nuestro insigne profesor Dr. José León Suárez.

Lamentable ha sido para nuestra casa de estudios la desaparición de ese gran talento, y al año de su irreparable pérdida no podemos menos de seguir expresando que difícil será llenar el vacío que dejó tan vigorosa personalidad.

Su vida ejemplar, fué una constante dedicación al estudio, sus generosos sentimientos le hacían desconocer falsos egoísmos y así como era tenaz para imponer sus ideas, era altruísta para exponer sus conocimientos, haciéndolo esto sin límite, generosamente, brindándonos íntegramente la luminosidad de su ciencia que estaba hermanada en los más puros sentimientos de amor y de paz.

Su obra es múltiple, e inoficioso sería encuadrarla en estas escuetas palabras; la conocemos todos, la hemos vivido. Pero los

estudiantes de esta casa, los que fueron sus alumnos, ya en la escuela de Comercio, ya en la Facultad de Ciencias Económicas, guardan imperecederos recuerdos de su enseñanza y de su dedicación. Más que un profesor que expone sus clases, era para sus discípulos un padre cariñoso, de conciencia sana y sin dobleces, que impartía consejos profundos, guías luminosos en los áridos caminos de la vida. Forjaba las mentes juveniles con el sincero afán que caracteriza al hombre bueno y al profesor consciente.

Quizá la índole de nuestros estudios encuadrados en un marco netamente materialista, alejados de toda expresión de belleza literaria, hayan influido para que mis palabras no sean coordinadas en musical lenguaje, pero no dudéis de la sinceridad de las mismas, ya que están inspiradas en la admiración que profesamos por el doctor José León Suárez, y en la acción que desarrolló en todas las horas de su vida.

A veces en la diaria lucha de ideales que se desarrolla en la Universidad, se habían planteado con el doctor Suárez discrepancias ideológicas, perfectamente explicables si se quiere, pero siempre, en todo tiempo los estudiantes supimos admirar en él un hombre de ciencia, un maestro, calificación máxima, único título de honor que la juventud universitaria dispensa a los que saben, y a los que ofrecen sin medida en la práctica docente, su más preciado tesoro científico.

Su cátedra de Derecho Internacional Público era una exposición continua de sus vastos conocimientos en la materia, reconocidos por otra parte, dentro y fuera del país, siendo valorados por personalidades extranjeras que veían en él, un internacionalista de primera fila, humanista, y sobre todo infatigable luchador por el ideal ibero-americano.

El ibero-americanismo fué su obsesión. Quería desvirtuar o al menos interpretar debidamente la doctrina de Monroe, excusa o pantalla que cubre a los imperialistas americanos en sus incursiones a soberanías de naciones débiles militarmente, pero fuertes y altivas en su democracia.

Un apóstol de la paz en nuestro Continente.

En la cátedra y en el libro expuso sus inquietudes, pero fué aun más allá, en misiones que lo honraran llevó su palabra elocuente a varias naciones americanas para propiciar una conciencia que nos libertara en absoluto de la famosa doctrina americana.

Sus conocimientos en materia de derecho internacional, fueron debidamente interpretados y apreciados en la Liga de las Naciones, y a él le cupo el honor de ser integrante de la Comisión Codificadora Internacional, y allí como en todas partes sostuvo la igualdad de las soberanías "haciendo vibrar el principio de igualdad en el derecho y en la justicia como se entiende y se practica en las naciones libres de la América del Sud".

---

Este mármol que hoy se inaugura y que perpetúa materialmente su recia figura, tiene su digna colocación, y no menos justa, entre otros dos venerados forjadores de nuestra casa de estudios, me re-

fiero a Eleodoro Lobos y Fitz-Simons, y es de esperar que tengamos siempre contacto espiritual con sus enseñanzas, y que sus vidas sirvan de ejemplo, a la juventud que se inicia en esta aulas, y prosigue cursos superiores en la Universidad.

Sólo debo agregar, que los estudiantes universitarios que fuéramos sus alumnos, también hemos fundido en nuestras mentes y en nuestros corazones, un bronce eterno de admiración y de culto al nombre que nos impartió sus profundas, sanas y hermosas enseñanzas.

DISCURSO DEL SEÑOR ARTURO BERENGUER CARISOMO

Señor Rector de la Universidad:

Señores Ministros de las Naciones hermanas:

Señor Decano:

Señoras, Señoritas, Señores:

De otra tienda, y como el mensajero del clan hermano del mismo territorio que trae la pleitesía al que con él convive afanes de guerra y conquista, vengo del Colegio Nacional de Buenos Aires, solar de los mayores, rincón de nuestra Universidad que aun conserva — para bien del argentinismo — la prestancia del recuerdo colonial y la romántica evocación de haber sido la forja de la organización democrática del país, trayendo el saludo de los ex alumnos del doctor José León Suárez a este acto severo de dolor y de recogimiento.

Para mejor precisar la figura del maestro evoquemos una rápida escena de clase.

Comienza el curso, la primera hora mañanera, de sol cantante y alegre, sol claro y suave del promedio de marzo.

El doctor Suárez llega al aula: es el profesor ideal para el estudiante despierto; es vivaz, picante, incisivo; la historia, aquella horrorosa historia fechada y cronológica que nos erizaba de espanto se ha convertido en una amena conseja de los tiempos que fueron; al través del doctor Suárez tratamos, casi alegremente, al lúgubre Felipe II y con familiar llaneza decimos — como el viejo paisano de tierra adentro — que a Carlos, el hechizado, el pernicioso “gualicho” le había dado el mal.

El doctor Suárez pregunta el tema del día: “los primeros pobladores de la Argentina” — responde la clase a coro.

— ¡Ave María! — dice el doctor Suárez, batiendo palmas. — A ver, uno, el primero, Vd., por ejemplo. ¡Y me señala a mí!

Dice el Korán — con la ingenua poesía del evangelista árabe — que todo hombre lleva atada al cuello la paloma de su destino.

Quiso el ave que rige mi existencia, que aquel día — yo que profesé un horror casi religioso por la ciencia arqueológica — hubiese estudiado, milagrosamente, las teorías de Florentino Ameghino.

Y yo desenvolví — ante los ojos vivaces, metálicos y escrutadores de José León Suárez — mi ingenua ciencia empírica remontándome al prodigio de aquella América nativa y prehistórica, cuna maravillosa de la humanidad y del mundo.

Todavía recuerdo la emoción con la que — sintiéndome técnico y sabio — dije aquellas palabras: “El cráneo del Diprotomo pla-

tensis debió ser pequeño y dollicocéfalo, con poca elevación respecto a las arcadas orbitarias, la forma del frontal y la glabella echada hacia adelante.”

Este ingenua lección de antropología, tan del gusto del doctor Suárez que admiraba, como maestro y como hombre, el esfuerzo intelectual por humilde y débil que fuese, me valieron sus primeros diez puntos. ¡Oh, aquellos mágicos diez puntos del Colegio Nacional! Y algo de mucha más trascendencia: me valieron su amistad, esa amistad de maestro a discípulo que duró hasta su muerte.

Varios años después, recordando una tarde esta escena de clase en el Ateneo Hispano-Americano, el doctor Suárez, con sonrisa bondadosa y un sí es o no es irónica, me preguntaba: —¿Y, Berenguer, recuerda algo del frontal del Diprotomo platensis?

Este maestro — cuya firma vi un día casi con veneración sacra al pie de mi ya viejo diploma de tercer grado, en la época en que fuera presidente del Consejo Nacional de Educación — tenía para mí otro intenso motivo de simpatía por razón de sangre y de raza: su hispanismo.

Habla el discípulo: es enorme la labor del doctor Suárez, más hecha en el fuego de la lucha activa que exigía nuestra organización democrática, social e intelectual, que en la sedante placidez del gabinete del sabio.

“Si soy hombre de estudio, dijo alguna vez, no soy hombre de pluma.”

Pero este formidable estudioso, que en su cátedra de Derecho Diplomático prolongaba la clase hasta en el viaje de regreso en el tranvía o en el automóvil, citando admirablemente textos íntegros de memoria, era, aunque su modestia no quisiera confesarlo, un hombre de pluma y un hombre de gran pluma.

Tenía, sin el arrequive literario del estilista, ese poder que tiene el escrito de garra y de ideas: la fuerza clara y penetrante del pensamiento.

Su estilo literario, quizá no tenga galanura de feminidad, pero tiene un vigor plástico, un íntimo poder de convicción tan esencial y tan enérgico que lo hacen ser el vehículo más exacto y más nítido de su rico y profundo contenido.

Y no es ajena esta digresión a ese su hispanismo que citamos más arriba.

Gracias a ese estilo, a esa fuerza adhesiva de una literatura clara y esencial, su prédica hispanófila adquirió la popularidad necesariamente requerida para romper con un época de franco y virulento antihispanismo.

El *Evangelio Americano*, de Bilbao, la frase mordaz y calcinante, el criterio pedagógico de la enseñanza de la historia — volcado sobre todo en la descripción de las batallas de la Independencia, donde los realistas parecían siempre foragidos de Atila y los soldados de América defensores ideales de un reino celestial — crearon en torno de esa España, legendariamente calumniada, la atmósfera malsana del obscurantismo, la regresión y la barbarie.

Cuando comenzó a despejarse la bruma — a partir del cente-

nario de 1910 — el doctor Suárez — en 1916 — plantó en el camino de la reconquista del sentimiento ibero, una piedra miliar y definitiva.

Un breve folleto: *Carácter de la Revolución americana* — esquema de un libro en potencia que no llegó a escribirse nunca — dejó los lineamientos para esa historia futura de la independencia argentina que habrá de escribirse con el criterio analítico e interpretativo que es exigencia impostergable en la historia moderna y que revalorice, para hacerla más ancha y más humana, la pasmosa y extraordinaria documentación en frío del general Mitre, o la, a veces, arbitraria evocación romántica de Vicente Fidel López.

Repito que habla el ex discípulo.

Fué nuestro profesor de historia y nos la enseñó en comprensión cálida y en amplitud generosa.

El doctor Suárez desdeñaba la minucia — irónicamente nos preguntaba a veces el número exacto de cartuchos utilizados en el combate de San Lorenzo, — pero el doctor Suárez sentía como nadie la palpitación del tiempo.

Yo que he sido su discípulo puedo garantizar el valor intrínseco de esta frase: la palpitación del tiempo.

Era un profesor que auscultaba el devenir de la Historia sabiendo comprenderla en su significado más íntimo.

Enseñaba el viejo Hipócrates de la Grecia clásica que un detalle insignificante podía ser el síntoma de un mal gravísimo: lo mismo acontece con la vida del mundo.

El historiador cuyo sentido clínico no acierte a descubrir el síntoma minúsculo, el pequeño agente activo del mal general, no pasará de ser un simple disector de "la piel de la Historia": los acontecimientos.

América luchaba con España; América, pues, en el cuadro externo que presentaban los sucesos quería librarse del yugo avasallante de Iberia. Por fuera, sin analizar, contemplando únicamente el movimiento exterior de la Historia, era, evidentemente, una lucha de amos y de esclavos.

Pero aquella lucha nace y se desarrolla en una fecha determinada de la vida del Hombre. Era necesario escuchar el ritmo del tiempo y el doctor Suárez tuvo la valentía y el talento de hacerlo: "Exijo el honor o acepto la responsabilidad de haber sido uno de los primeros que ha adoptado este *criterio verdadero* y de conciliación con España para enseñar la Historia", dice enérgicamente en su folleto y ese "*criterio verdadero*" consistía simplemente en descubrir la entraña de la época en que se producía el fenómeno de *las independencias*, recalco el plural, americanas.

El doctor Suárez vió con su certero instinto histórico aquel síntoma del romanticismo liberalista que cumpliendo su ciclo europeo contra el absolutismo en política, en economía y en arte cruzaba el Atlántico y estallaba para nosotros en las páginas prologales de Mariano Moreno al *Contrato Social*, de Juan Jacobo, y que más tarde habría de arder en las estrofas de *La Cautiva* y en el fervoroso saludo a Víctor Hugo de Olegario Andrade.

Recuerdo siempre aquella clase magistral de mayo en la que el doctor Suárez — fluído y como nunca ardiente en su oratoria, a

veces rebelde y borrascosa — nos hizo ver a nosotros que formábamos una clase altiva, *indisciplinada* y como nunca inteligente y liberal — público honor que hoy quiero hacer a mis compañeros de 1923 — nos hizo ver, repito, el cuadro del mundo en aquella alborada del siglo XIX.

Nos hizo ver como nunca, vivo y animado aquel batir incesante de las ideas liberales, nos hizo sentir en la carne como era uno y el mismo el pensamiento de aquellos patriotas de la masonería en la España fernandina y el de los americanos del Plata, reunidos bajo el genio enigmático de Monteagudo en la logia Lautaro.

Igual corriente, iguales ideas, igual destino.

Esa tarea de reconstrucción del sentido hispano, que recogieron, felizmente, los historiadores de la generación sucesiva hasta para interpretar la fuente aborígen del derecho indiano, haciendo resaltar todo su extraordinario complejo legislativo y social, ha sido la columna de fuego que guió, sin tregua y sin brecha, la labor del doctor Suárez.

José León Suárez tenía un hondo sentimiento nativo — era su orgullo ser de remota cepa hispana y haber alcanzado, todavía, en su lejana mocedad, sabor de colonial antaño — veía en España, y en el aula nos lo dijo sin rebozo, la fuente invulnerable de nuestra legítima nacionalidad.

De la misma entraña fueron — durante el universal drama histórico que apagó los últimos resplandores del feudalismo — las luchas contra Fernando VII en la península y todo el movimiento revolucionario americano del Orinoco a la Patagonia.

El doctor Suárez ha dejado esa extraordinaria visión histórica y ha dejado también el modo de realizarla en el porvenir.

Como historiador de conciencia integérrima entendió el cargo ineludible que le correspondía de saber utilizar la Historia para prever el futuro.

Y en 1927 publicó su *Eugénica — necesidad de su enseñanza y divulgación*, páginas de meditación y de estudio donde nos ha legado el material del porvenir jurídico que resuelva nuestro pavoroso problema de la población.

Páginas de profundos anhelos — larvados en sus conversaciones íntimas, en sus opiniones fugaces, en su ponderada interpretación de Alberdi — que concretaron en la idea de que si "gobernar es poblar", poblar significa mejorar.

Reclama el doctor Suárez en esas páginas población sana, eficiente, concordante y adaptable a esa ascendencia hispana — latina mejor — que necesitamos para legitimar y dar tono a nuestro medio social haciéndolo homogéneo y coherente, porque, como reza el viejo adagio gitano, "es dichosa la rama que al tronco sale".

Nuestro medio ciudadano — sino ya el del interior que, a duras penas defiende su fisonomía autóctona — se he vuelto, por su disonante abigarramiento, en triste y desolado.

La ciudad, que se mira entre sí recelosa y suspicaz, ha perdido emoción por falta de unidad sentimental y es sensualista, atomizada, gris y secamente, por un deseo neutralizante y enervador de lucro desmedido.

Nuestra poesía lírica, receptor muy sensible y muy fino del sentimiento y de las modalidades de nuestro ambiente, ha dicho por boca de uno de sus poetas:

“Setenta balcones hay en esta casa,  
setenta balcones y ninguna flor,  
a sus habitantes, Señor, ¿qué les pasa?,  
¿odian el perfume?, ¿odian el color?”

La piedra desnuda de tristeza agobia,  
¿dan una tristeza los negros balcones!,  
¿no hay en esta casa una niña novia?,  
¿no hay algún poeta bobo de ilusiones?”

¿Ninguno desea ver tras los cristales  
una diminuta copia de jardín?  
¿En la piedra blanca trepar los rosales,  
en los hierros negros abrirse un jazmín?”

Si no aman las plantas, no amarán el ave,  
no sabrán de músicas, de rimas, de amor...  
Nunca se oirá un beso, jamás se oirá el clave,  
¿setenta balcones y ninguna flor!”

No; volvamos a nuestro lírico sentimiento originario, hagamos como el griego de Atenas culto de la ciudad y de sus legítimos antecesores, encendamos de nuevo el fuego del hogar, y, si es posible, coloquemos alguna flor en los balcones de la casa.

Todo esto quise que fuese dicho por un ex discípulo en este homenaje a José León Suárez.

El país tiene con él la deuda de haberle dado un nuevo sentido a su historia y a los orígenes exactos de su nacionalidad; la juventud la tiene para con un maestro que lo fué en el sentido más puro del vocablo.

No tuvo José León Suárez en vida la justa recompensa a sus grandes merecimientos. Era hombre de lucha y en el camino fué dejando restos de lo que más duele a un hombre de corazón: las ilusiones.

En una de mis últimas visitas, en su biblioteca alongada e imponente de la calle Bartolomé Mitre, José León Suárez me habló mucho en un tono nostálgico, con palabras que eran a un tiempo descargo para su alma y lección de vida, de vida real y positivamente vivida, para el discípulo.

Aquel recuento melancólico y casi sentimental de su paso por la tierra fué como la leyenda de esas ilusiones mantenidas con una fe inquebrantable y que sólo al término del camino pudo, en parte, ver realizadas y cumplidas.

¡Qué maestro de vida!, quien tanto conocía a los hombres, por conocer, precisamente muy a lo íntimo, el secreto de su pasado a través de la Historia, sabía muy bien que su función docente tenía fuera de la clase el campo más fecundo de su acción constructiva:

alentar al discípulo en sus primeros reveses de lucha con la vida y tenderle, para fijar el rumbo, la línea firme y clara de un horizonte más amplio y más noble.

Si algún día el Mefistófeles de *Fausto* se acercase a decirme:

—Voy a devolvarte la adolescencia, vivirás de nuevo tus primeros dieciocho inviernos y volverás a sentarte en los bancos del viejo Colegio Buenos Aires.

Yo, entonces, le preguntaría:

—Dime, ¿y mis maestros habrán de ser aquellos que como el doctor Suárez enseñaban la ciencia sin dolor, que daban siempre sensación dinámica de vida nueva, que eran, al par que maestros, amigos, muy amigos, casi camaradas del discípulo?

Y si el demiurgo me contestase que sí, yo aceptaría jubiloso el convite y volvería de nuevo, alegremente, a recomenzar el viaje...



Por la nacionalización  
del Petróleo

La Comisión de Extensión Universitaria del Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas y la Alianza Continental,

realizaron el 20 del corriente, en el salón de grados de la Facultad de Ciencias Económicas, una interesante conferencia sobre el tema del epígrafe, la que estuvo a cargo del general Alonso Baldrich.

Hizo la presentación del orador el señor Emilio Bernat, ocupando luego la tribuna el general Baldrich, el cual, en el transcurso de su elocuente disertación, conquistó amplios aplausos de la sala, que se hallaba totalmente repleta.

#### DISCURSO DEL SEÑOR EMILIO BERNAT

Señores:

Iniciamos con este acto de hoy, que la Comisión de Extensión Universitaria ha preparado conjuntamente con la Alianza Continental, la labor que incumbe a todo centro estudiantil reformista, que debe cumplir con celo, uno de los postulados más hermosos y más humanos que la Reforma contiene.

Tenemos la suerte de que la primera conferencia, de la serie proyectada, que se darán parte en esta casa de estudios y en su mayoría en los centros culturales obreros, trate un tema, que a pesar de encerrar un problema nacional que reclama desde hace rato una solución, trae aparejado también una cuestión eminentemente internacional, que afecta a toda la América latina, ya que no es posible hablar de la nacionalización del petróleo, sin mencionar algo que es su causa, y que es a la vez causa de los problemas políticos de las naciones latino-americanas. Me refiero al imperialismo yanqui, que en estos momentos nos está dando una prueba evidente de sus estragos, ya que sin duda es responsable del momento que atraviesa Bolivia, hipotecada al capitalismo yanqui, representado por la Standard Oil, que ha subvertido conciencias, protegiendo gobiernos ineptos, que arrastran vertiginosamente a la nación hermana, a un caos político, económico y social.

Al parecer, nuestros legisladores carecen de ejemplo. Méjico, Nicaragua con su bravo Sandino, y todo Centro América no parecen suficientes. Nuestra libertad está asegurada, nuestro porvenir económico a salvo, dicen ellos, no hay por qué temer. El imperialismo yanqui es un mito...

Por si estos son pocos, tienen ahora una crisis política vecina a nuestro país, Bolivia sojuzgada por el capitalismo yanqui, ha visto el momento de abatir el pesado manto de obscurantismo propiciado por los reyes de Wall Street, que sin duda en estos instantes estarán preparando un barco para defender los bienes de sus conciudadanos.

Ha sido necesaria una reacción con sangre, ha sido necesario que Hinojosa, el bravo líder, empuñara la espada revolucionaria, a fin de reivindicar para el suelo de sus mayores, la augusta libertad, de que está privado.

Sea, estimados oyentes, esta la primera expresión de protesta, contra aquellos que tratan de ahogar el grito de un pueblo herido, calumniando despiadadamente y apostrofando de bandido sin conciencia a un hombre que nosotros conocemos bien, y cuyo pensamiento comprendemos y acompañamos. Como universitarios protestamos firmemente contra la calumnia y declaramos bien alto ante la opinión nacional, que como Nicaragua se honra con su héroe, Bolivia se honra con Hinojosa.

Los estudiantes universitarios nos hemos preocupado en forma amplia de la nacionalización del petróleo y en este sentido he de recordar las campañas organizadas por la Federación Universitaria y este Centro de Estudiantes, como así también por la Facultad de Ciencias Económicas, que ha tomado parte en este asunto, tratando por medio de investigaciones, en su seminario, como así también por conferencias dadas acerca de este tema, de contribuir a la solución de este problema que hoy nuevamente nos ocupa.

El 4 de febrero de 1927, la Federación preparó un acto público que tuvo su realización en un teatro de esta capital, y cuyo éxito fué por demás satisfactorio. Hicieron uso de la palabra, para exponer el pensamiento de la juventud, los compañeros Noguera, de Ciencias Económicas, y Guglielmini, de Derecho, haciéndolo con la elocuencia por todos conocida. Además de éstos, los doctores Manuel F. Castello y Juan Carlos Rébora, con sus ilustrados criterios estudiaron minuciosamente el problema del petróleo en interesantes disertaciones.

Al año siguiente la acción se hizo aún más intensa, la Federación, además de un acto público, realizó una serie de conferencias que estuvieron a cargo de estudiantes, las cuales fueron dadas por radio a fin de llevar a la conciencia del pueblo los pormenores del asunto petrolífero. Los centros estudiantiles, organizaron también campañas en pro de la nacionalización del petróleo y esta Facultad organizó una serie de conferencias a cargo de diversos alumnos, que estudiaron integralmente el problema del petróleo, que en esos instantes cobraba auge en el Parlamento argentino.

Me permito hacer esta ligera historia de la actividad estudiantil, recordando unas palabras del que hoy es nuestro huésped y orador, el general Baldrich, quien en una conferencia que pronunció,

el 2 de febrero de 1927, en el Centro Naval, instaba a la Federación Universitaria a constituirse en Liga Pro Defensa del Petróleo, en cuya bandera debían figurar las siguientes preguntas: "Por qué desde hace 15 años no surge esa ley que se pidió, y por qué no se trata, por qué esa demora no obstante haberse formulado catorce proyectos y tener cuatro de ellos despacho de comisión, y por cuarta vez haberla pedido el P. E., qué influencia se opone, qué causa impide surgir esa ley?"

Si bien no nos hemos constituido especialmente en liga, como él pedía, nuestra acción ha sido tesonera, y siempre han estado nuestros esfuerzos al lado de la causa que entendemos que es suprema ambición de todos los que entendemos defender el porvenir económico argentino. Por otra parte, su pedido tampoco quedó en el vacío, ya que la Alianza Continental se constituyó poco tiempo después teniendo como lema la lucha contra el imperialismo.

El general Baldrich, que hoy ocupará nuestra tribuna, es un esforzado paladín de la nacionalización del petróleo. Ninguno como él ha luchado valientemente, tratando de inculcar los principios que animan sus campañas, nadie como él ha puesto de manifiesto las actividades sórdidas de las empresas extranjeras, que buscan campos petrolíferos en tierras extrañas, para constituirlos en reservas, en simples depósitos de futura utilidad.

Entendemos que el general Baldrich es una opinión autorizada para exponer fundadamente las causas de este problema, que sigue dominando la atención pública, pero que duerme en las carpetas de la Cámara de Senadores. Su condición de universitario y brillante militar lo habilitan para ello, esperando que con su verba elocuente y significativa, contribuya una vez más a la difusión de este trascendental problema.

General Baldrich, la tribuna del Centro Estudiantes de Ciencias Económicas se honra con vuestra presencia y con vuestra palabra.